

Córdoba sabia y agraria entre la primavera y el verano

Por Rodolfo Gil Benumeya

El puente de días y de semanas tendido entre mayo y junio es cada año la actualidad de Córdoba. El espíritu de esa ciudad del Sur resalta más cuando está como a caballo entre la primavera y el verano, no solo por su célebre feria, que es eje de atracción en las comarcas de todo el campo andaluz, con vegas y serranías, sino también porque los fuertes rayos del sol en las tierras más secamente calientes y luminosas de la Península acentúan lo típico cordobés tan fuertemente como si lo tallasen. Las más célebres definiciones de lo local han insistido siempre en lo que tiene de replegadamente silencioso, siendo la «Córdoba callada» de Machado, o la «Córdoba enjuta» de García Lorca. Acaso esa característica de lo recogido y lo escueto sea, en parte, una influencia del reseco ambiente físico. La serenidad y limpieza del aire sin humedad actúan sobre la psicología de los habitantes, lo mismo que la escasez y dureza del agua potable sujeta las lenguas y sintetiza los gestos o los pensamientos. Se puede sospechar que el cordobés habla poco porque bebe poco; pero en él, como en los hijos de las estepas del Oriente semítico, cuna de religiones y metafísicas, ese desecamiento aguza la mente. Ciudad callada de esencias quietas, ciudad sin fascinaciones ni fantasías, Córdoba llega cada junio a lo actual con un empeño de superponer sobre ese tiempo de hoy, que pasa y fluye de prisa, otro tiempo que siempre repite los mismos impulsos con vocación de eternidad nacida de sus antecedentes desérticos.

Por eso, a diferencia de Sevilla, movida por el más alegre ritmo vital, o de Granada, estremecida por emociones nostálgicas, lo cordobés está como clavado sobre el terreno. La continuidad del ambiente, afiladamente despejado, inclina a la concentración del alma tanto como a lo enfáticamente preciso del ademán, y tiene a la ciudad vuelta sobre sí misma, ensimismada. No puede conocer a la urbe del alto Guadalquivir quien no tenga en cuenta que su pasado reencarna en su presente. Detrás de cada aspecto de la moderna y ani-

mada vida actual de una activa capital de rica provincia agrícola está latente la herencia de los siglos pasados, durante los cuales el localismo se fué acumulando, intensificando y acentuando hasta llegar a dar a todos los cordobeses un marcado aire de familia en sus tendencias más generales. Además aquellos que han destacado en el pensamiento o en la acción lo hicieron de modos parecidos. Entre las generaciones que se suceden parece haber una especie de hilo invisible que las liga, de sangre, paisaje, tradición, herencia o voluntario estudio. El momento esencial del año, que es allí ese que va desde la feria al estío; sirve muchas veces para pasar revista a lo que pudiera llamarse «genio provincial», en el cual lo erudito y lo popular han ido siempre estrechamente unidos. Por ejemplo, cuando lo sentencioso de Séneca reaparece a cada páso en algunos viejos labriegos. O cuando Góngora era, a la vez que el poeta del conceptismo, un amigo del toreo y el folklore. Por eso la mejor y más exacta definición de la ciudad del Arcángel es la de Córdoba sabia y agraria.

El ejemplo más conocido del afán de continuidad que tienen los cordobeses es el del escultor Mateo Inurria, que ante un elogio de su obra decía: «¡Pero si no he hecho más que retratar a mis paisanos!» Y él veía a esos paisanos tan en conexión, que al modelar la estatua del Gran Capitán le puso la cabeza de Lagartijo, a la vez que también veía en Séneca un cierto parecido con el famoso torero. Esto no estaba mal, pues el adelantado del estoicismo era también una especie de matador en el mundo de lo filosófico, en el que preconizaba un despreciativo dominio de los males de la vida que le arremetían, y él se sacudía de encima como si se los pasase con una serie de naturales. En realidad, lo que más une los dos aparentes extremos de lo sabio y lo agrario en cultura y en cultivo (que son ideas y palabras semejantes) es el empeño de no dejarse dominar por la Naturaleza absorbente y subconsciente. Sobre el fondo del campo cordobés, en el que la agricultura es a caballo, se han recortado siempre como siluetas ecuestres muchas figuras literarias guerreras y campestres, como las de famosos Jalifas, como el duque de Rivas, que fué gran poeta romántico, pero también oficial de Caballería, o como los caballeros locales del Siglo de Oro, que allí eran escritores tanto como rejoneadores. Es que la campiña no tiene allí nada de difuso fondo blandamente panteísta, sino de sitio despejado, donde al olivar se le alinea rígidamente y a los animales se les domina con calma fría, lo mismo que hacía, por ejemplo, Manolete.

Por eso en Córdoba la preocupación por la sabiduría, a la vez que por las cosechas, ha sido siempre constante en la Historia; pero entendiendo que la sabiduría debe ser más moral que vagamente especulativa, y más de afirmaciones precisas que de difusas posibilidades. En el paganismo recuerda esto una tradición (recogida en la Crónica general de Alfonso el Sabio) sobre una resistencia local contra las injusticias de un Emperador romano de los cordobeses, impulsadas por los sabios y filósofos locales, que el Emperador no pudo castigar, pues sus consejeros le dijeron que, mientras más matase, más nacerían, pues la sabiduría se daba allí como un producto de la tierra. Esto fué en el periodo latino, pues en el árabe musulmán la capital del Jalifato fué sobre todo célebre por sus íntegros jueces y rectos funcionarios, ya que, según Al Secundi, traducido por García Gómez, no elegían ministro ni consejero que no fuese sabio. En lo cristiano, la gran figura local fué Osio, redactor del Credo; es decir, de una afirmación de fe concreta. Y en el Renacimiento, los hijos de esa ciudad eran definidos por Gracián, en «El Criticón», como los «varones eminentes». Siendo lo más curioso de este repetirse de tipo cultural local no sólo su tendencia afirmadora y moralista, sino su enlace instintivo a través de los siglos. Bastando recordar el ejemplo de sus poetas musulmanes, cuyas metáforas son repetidas luego por Góngora, y cuyas poesías puso en excelente verso español moderno don Juan Valera.

Representante de la continuidad de la tradición cultural y a la vez alma de la ciudad entera es la Academia cordobesa que ostenta el largo y sonoro nombre de «Real Academia de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes». Fué fundada el año 1810, en plena confusión de las guerras napoleónicas, para salvar lo que se pudiese de lo cultural, después de las expoliaciones de las tropas imperiales. Se puso luego a catalogar con empeño todas las cosas notables de la ciudad y provincia. En lo material, hay que recordar que su sede fué mucho tiempo la misma del Museo Provincial de Bellas Artes, que creció con ella. En lo monumental de Academia y Museo salió justamente la gestión para que gran parte de la ciudad fuese considerada como sujeta a la ley de defensa de la riqueza monumental y artística. Para la actividad normal de trabajos tiene la Academia su revista, sus conferencias, sus publicaciones. En lo conmemorativo, ella da a las efemérides locales resonancia mundial, como ocurrió en 1929 con el milenario del Jalifato, y, años después, con la conmemoración de Maimónides. En lo docto interior de España, está en contacto con

los Institutos del Colegio Superior, y allí también se celebró el más reciente Congreso de las Asociaciones Hispanolusitanas para el progreso de las ciencias, clausurado por el Ministro de Educación. En lo hispanomarroquí, es la Academia el más directo y eficaz contacto cordial con todo el mundo árabe. Y en lo íntimamente humano hay que destacar que entre sus correspondientes ingresan también mujeres.

Todo no se ha dicho aquí por un deseo puramente privado de referirse a la Academia, ni tampoco por aportar un detalle puramente informativo. Sino para destacar el valor simbólico de la existencia de un organismo semejante como condensador del afán que en Córdoba se siente por no perder ni una sola capa histórica de las que los siglos han dejado como estratos acumulados, y de fundirlas todas en la misma continuidad. No perder nada, ni lo difícil ni lo fácil, ni lo esotérico ni lo pintoresco. Fundir la ética con el cante jondo; la Medicina, con la escolástica; la pintura y el toreo, la investigación arabista y el cuidado veterinario de la ganadería. Conocerlo todo. Incorporarlo todo. Saber comprender con discreta moderación. Saber escuchar, que es esencial en la vocación de una ciudad tolerante, silenciosa, clásicamente equilibrada. Y, sobre todo, mantener el estilo senequista de rechazar quieto los inconvenientes, de «matar recibiendo», que el cordobés Juan Rufo definía diciendo:

«Y sólo el hombre pervierte
sus justas obligaciones
si no vence sus pasiones
como valeroso y fuerte».

Resumen de la ciudad que pone su orgullo en estar siempre anclada y plantada al borde de un lento río pausado.

